

---

## **B+B+10 (Bosnia y Barcelona 10 años después)**

---

**Josep Borrell**

---

---

El fin de año que ya se acerca nos trae dos aniversarios redondos.

En noviembre de 1995 se inició el Partenariado Euromediterráneo, conocido en la jerga comunitaria como el Proceso de Barcelona, porque allí se celebró el Consejo de Ministros que le dio vida.

Una de las propuestas entonces aprobadas fue la creación de una Asamblea Parlamentaria del Mediterráneo. Ha costado 9 años constituirlo, pero la próxima semana nos reuniremos en Rabat, como fase previa al Consejo Europeo que se celebrará en Barcelona para hacer balance de esos 10 años.

Esta vez no serán los ministros de Exteriores, sino los jefes de Estado y de Gobierno los protagonistas. El Mediterráneo bien merece su atención. Las hogueras de París, las bombas de Ammán y los asaltos a las murallas de Ceuta y Melilla muestran cómo el terrorismo y los flujos migratorios son hoy, mucho más que ayer, graves problemas de nuestra sociedad.

Barcelona+10 será, pues, debidamente celebrado. Tendremos ocasión de comentar su balance después de la reunión de Rabat.

Pero hay otro décimo aniversario que convendría no olvidar.

En efecto, poco después de las solemnes reuniones de Barcelona se cumplirán 10 años de los acuerdos de paz de Dayton, que pusieron fin a la guerra en Bosnia y Herzegovina.

Las atrocidades de esa guerra nos sobrecogieron entonces. ¿Qué está pasando 10 años después?

Recordemos que esa pequeña república balcánica fue escenario, durante casi tres años, de una guerra de todos contra todos. El sitio de Sarajevo y la matanza de Srebrenica aún permanecen en la retina colectiva de la humanidad. La película *No man's land*, que obtuvo en el 2001 el Oscar a la mejor película extranjera, retrata con irónico humor la enorme tragedia de esa guerra olvidada.

La intervención de las potencias occidentales puso fin a un sangriento conflicto que dejó el país arrasado, con más de 200.000 muertos y 1,2 millones de refugiados.

Los acuerdos de Dayton crearon dos entidades dentro del Estado de Bosnia-Herzegovina: la federación croato-bosnia y la república Srpska, serbo-bosnia. La presidencia es tripartita (croatas, bosnios y musulmanes). Y aunque las tres comunidades siguen separadas, están obligadas a trabajar juntas.

Desde entonces un difícil equilibrio ha gobernado ese país, que tiene sobre su suelo el mayor despliegue militar que ha efectuado la Unión Europea: 7.000 hombres en la "operación Althea", en la que participan también tropas chilenas, como nos recordaba Lagos hace poco en Estrasburgo.

La paz ha llegado, pero el panorama es todavía bastante desalentador.

Las instituciones son débiles, pero el aparato de Estado es enorme. Tiene un total de 218 ministerios, que gastan más de la mitad del PIB del país.

Un crecimiento económico en torno al 5% es insuficiente para cubrir las necesidades de la reconstrucción. Además, existen graves problemas de corrupción que obstaculizan su desarrollo.

La tasa de desempleo es oficialmente del 40%, mientras que la economía sumergida se cifra en la mitad del PIB. El 47% de la población vive por debajo del umbral de pobreza, fijado en 90 euros al mes.

El sistema educativo permanece dividido en tres; cada comunidad reivindica su enseñanza, e incluso sus escuelas. En la Federación croato-musulmana, la paz impuso la existencia de establecimientos únicos, pero la realidad es que los alumnos musulmanes y croatas no frecuentan las mismas clases, ni para las materias a priori "no ideológicas".

Poco a poco, los ejércitos de cada una de las comunidades se han ido fundiendo en uno, así como los servicios de aduanas. Los serbios acaban de aceptar el principio de una Policía única. Era una condición para abordar un Acuerdo de Estabilización y Asociación (SAA en sus siglas en inglés) con la UE. Estos acuerdos son el principal instrumento que relaciona la UE con los hipotéticos futuros miembros. Son la antesala de los procesos de negociación para la adhesión y constituyen un poderoso acicate para impulsar reformas.

Como todos los países de los Balcanes occidentales, Bosnia tiene como meta la integración en la UE, pero se encuentra varios pasos por detrás de los demás países de la ex Yugoslavia.

Eslovenia es ya un Estado miembro, Croacia es país candidato, Macedonia firmó un Acuerdo de Estabilización y Asociación en septiembre del 2004 y la Comisión acaba de pedir que se le considere país candidato. Incluso con la controvertida Serbia-Montenegro, un SAA va a empezar a ser negociado. Pero con Bosnia-Herzegovina, nada.

Paradójicamente es el país de la región en el que los europeos hemos invertido más recursos financieros (entre el 2001 y el 2006 más de 412 millones de euros a través del programa CARDS) y humanos (por ejemplo, la "operación Althea" que mencionaba antes), pero diez años después del final de la guerra Bosnia y Herzegovina no tiene ni siquiera un marco jurídico estable de relación con la UE.

Hace pocos días, el primer ministro bosnio, Adnan Terzic, visitaba el Parlamento Europeo y exponía los problemas y desafíos de su país.

A los pocos días de su visita, la Comisión recomendaba al Consejo comenzar las negociaciones para firmar un SAA. Esperemos que el Consejo acepte la recomendación de la Comisión.

El Parlamento Europeo ha manifestado siempre la importancia de las relaciones de la UE con la región de los Balcanes occidentales. La Europa ampliada sólo estará completa cuando estos países logren incorporarse a la UE, incluidos Bosnia y Herzegovina.

Las sucesivas ampliaciones de la UE son la mayor prueba del éxito de nuestro proyecto europeo. La perspectiva de la adhesión ha modificado estructuras nacionales, leyes y mentalidades.

Queda mucho para que los todos países de la ex Yugoslavia sean miembros de pleno derecho de la UE. Muchas heridas han de cicatrizar hasta entonces. Chipre

entró en la UE con un conflicto abierto y hemos de evitar que esta situación se repita en el futuro.

Ante los temores que suscita la continuidad del proceso de ampliación, recordemos que el mejor modo de tener unos Balcanes en paz es no cerrarles las puertas a una perspectiva de futuro en relación con Europa. Y, nos guste o no, unos Balcanes desestabilizados nos costarían más, desde todo punto de vista, que unos Balcanes integrados en la UE.

Otra cosa son las reformas institucionales necesarias para que la Europa ampliada no diluya su proyecto político. Pero ésa es harina de otro costal.